UNA DE TANTAS,

comedia en un acto.

POR

DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ

EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE EL DIA 2 DE MARZO DE 1837.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

Mayo de 1843.

PERSONAS.

CAMILA. DON ANDRÉS.

MARTA. DON MIGUEL.

La escena pasa en Sevilla en un barrio solitario. Casa con dos fachadas: la principal, con reja y puerta que á su tiempo se abrirá, mira á los bastidores de la derecha del actor; la otra, tambien con reja, está de frente á los espectadores.

Esta Comedia, que pertenece á la Galeria Dramática, es propiedad del Editor, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima.

ESCENA PRIMERA.

Es de noche. Camila y Marta aparecen sentadas á la reja que mira al proscenio.

CAMILA. MARTA.

Marta. ¡Tan tarde, y aun no ha venido
á la cita don Miguel!
Yo no lo creyera de él,
¡tan meloso, tan rendido!

Camila. Cierto; maravilla es
que hoy deje de ser puntual;
mas sino acude, ¿qué mal?
Vendrá luego don Andrés.

Marta. Un amante..., ¡anda con Dios!
Todas tenemos licencia
para eso: ¿pero hay conciencia
para que usted tenga dos?

Camila. ¿Qué quieres? Me ha dado el cielo
tan sensible corazon...
¡Ah, qué afortunadas son
esas mugeres de hielo!
Ni yo sola soy avara.
Muchas...

Marta. ¡Sí; con ese afan
no hallan otras un galan
por un ojo de la cara!
Como yo ¡pobre de mí...
¿Pues no es diabólica idea
cuando el género escasea
monopolizarlo asi?

Camila. Ya; sí. En la crisis actual
tú quisieras...

Marta. Yo quisiera
que de los hombres se hiciera
un reparto vecinal.

720906

Pero... aqui para *inter nos*,
confiéseme usted, picaña,
que á uno de los dos engaña...;
si no es que engaña á los dos.

Camila. No, que por ambos suspiro.

Marta. ¿Pero está usted dada al diablo...

Camila. Con igual amor les hablo,
con igual placer los miro.

Marta. ¡Y con sola un alma!

Camila. Pues.

Marta. ¿Podrá usted partirla?

Camila. No;
pero tengo un alma yo
que vale por dos ó tres.
¿No hay corazon insensato
en mi sexo pecador,
que ama con igual fervor
á su novio y á su gato?
Pues si amor, sin que te asombres,
entre hombre y gato se parte,
¿por qué has de escandalizarte
de que quiera yo á dos hombres?

Marta. Preciso es que sobre alguno
si son de mérito igual.

Camila. No, tonta. Entonces..., cabal;
los dos no son mas que uno.

Marta. ¡Qué aguda y qué trapacera!
Mas ahora sí que en la red
la voy á coger á usted.

Camila. Veamos de qué manera.

Marta. No hay dos hombres en el mundo
de una misma condicion.
Ahora bien; si opuestos son
el primero y el segundo... —
La pongo á usted en un potro. —
Diga usted: ¿no es evidente
que agradando un pretendiente,
ha de fastidiar el otro?

Camila. Lástima me da tu error.
Antes bien sus caractéres
encontrados, los placéres
multiplican del amor.

¿No ves que sin mucha ciencia
triunfar de los dos se alcanza;
del uno con la alabanza,
del otro con la indulgencia?
Ora en apacible calma,
ora en grata agitacion,
de una en otra sensacion
vaga embebecida el alma.
Ninguna pena cruel
temas que asi te moleste,
porque la dulzura de este
templa lo amargo de aquel.
Ni solo bajo un semblante
halaga amor al deseo,
que cambia como Proteo
y siempre reina triunfante.
Gusta en la cara trigueña
la audaz mirada de fuego,
y gusta en la blanca luego
la afable risa halagüeña.
Son de opuesto natural
mis dos novios; mas tú ves
que si amable es don Andrés
no lo es menos su rival.
Celoso el uno, impaciente,
me ostenta su poderío;
y el otro se rinde al mio
tierno, afable, complaciente.
Y pues venturosa vivo
ora sirva, ora señora,
¿me reprenderás ahora
de mi amor alternativo?
Las que ven por solo un prisma
¿qué gozan en conclusion?
¡Siempre una misma pasion
y siempre una cara misma!

Marta. No quiero ya disputar.
Siga usted su contrabando
de amores; pero ¿hasta cuándo
piensa usted que ha de durar?
Pasó todo el mes de octubre
sin novedad, ama mia;

¿pero qué hará usted si un dia
ese pastel se descubre?
Como no sufre galan
dentro de casa la vieja,
cada cual tiene su reja
que á distintas calles dan.
¿Pero usted no considera
que un chisme de vecindad,
la menor casualidad...

Camila. ¡Oh! no seas agorera.
Lo futuro no me afana,
pues gracias al cielo soy
muy jóven. Vivamos hoy,
que Dios proveerá mañana.
Mas al coloquio nocturno
Don Miguel no viene, y ya
la hora pronto dará
que marca al otro su turno.

Marta. Retírese usted por Dios,
y por San Pedro y San Pablo,
señorita; no haga el diablo
que aqui se encuentren los dos.

Camila. Yo gobernarme sabré...
¿Y sin ver á mi celoso
he de entregarme al reposo?
No lo merece su fé.
Esta noche...

Marta. ¡Señorita...

Camila. Con doble placer le veo,
porque vengarme deseo
del que ha faltado á la cita.—
Vé á la otra reja, no obstante,
que yo aqui me estoy perenne;
y si por ventura viene,
avísamelo al instante.

Marta. Pero...

Camila. Ea, vete; y procura
que no te vea.

Marta. ¿Por qué?

Camila. El por qué yo me le sé.

Marta. (Yo no he visto igual locura.)

ESCENA II.

CAMILA.

Es preciso confesar
que Marta tiene razon.
Si entrambos vienen ahora
en gran compromiso estoy.
Mas no ha de faltarme arbitrio
para cumplir con los dos.

ESCENA III.

CAMILA. MARTA. DON MIGUEL.

D. Miguel. (*Entra por la derecha y se dirige á la fachada principal.*)
Sentida de mi tardanza
se habrá ya acostado... No,
que aun está la reja abierta.
¡Ah! ¡Qué afortunado soy!
Marta. (*Llegando á la reja donde está Camila.*)
Señorita, ya tenemos
á don Miguel de planton.
Camila. Vamos allá. ¡Qué filípica
me va á llevar!
Marta. ¿Qué hago yo?
¿Me quedo...
Camila. Vete á la cama.
Marta. ¿Y si el otro campeon...
Camila. Eso corre de mi cuenta.
Marta. Bueno.—Quede usted con Dios.

ESCENA IV.

DON MIGUEL.

No viene. ¿Dónde estará?
¿Si se habrá dormido? Voy
á llamar quedito... ¡Chis...
¡Camila... ¿A ver si una tos... (*Tose.*)
Ya está aqui.

ESCENA V.

DON MIGUEL. CAMILA.

Camila. ¡Qué buena hora
de venir! ¡Qué ¡fino amor!
D. Miguel. No es culpa mia...
Camila. Será
que se ha parado el reloj.
D. Miguel. No, dueño querido... Pero
la precisa obligacion...
Camila. Yo soy primero que todo.
D. Miguel. ¿No esceptúas el honor?
Camila. ¿Qué honor... Mas yo te dispenso
de darme satisfaccion.
Ni pienses que te esperaba.
No soy yo muger que doy
mi brazo á torcer...
D. Miguel. ¡Camila!
Camila. Ni un falso me desveló.
Pero está mala mamá...
D. Miguel. ¿Qué tiene?
Camila. Un cólico atroz.
Yo lo achaco á la cuajada.
D. Miguel. ¡Cielo...
Camila. Y despues el melon...
D. Miguel. ¡Pobre señora! ¿Y qué tal?
¿Se va aliviando? ¿Rompió?
Camila. Gracias al tártaro emético
ya está un poquito mejor;
pero es preciso velarla.
D. Miguel. Pues ¿Marta?
Camila. Se acostó.
La pobre estaba rendida...
¡Eh! ¡Sea todo por Dios! —
Si ahora me acerco á la reja
no es por darte gusto, no:
es solo para decirte
clarito y en español
que no me vuelvas á hablar
en tu vida. ¿Lo oyes?
D. Miguel. ¡Oh!

¡Qué crueldad y qué injusticia!

Camila. Lo dicho. Hasta aqui llegó.
¡Le cito á las doce, y viene
cuando van á dar las dos!

D. Miguel. Pero si oyes mi disculpa...

Camila. No hay disculpa; no hay perdon.

D. Miguel. Camila, soy militar,
y cuando suena el tambor
de oprobio me cubriría
si no acudiese veloz.
Iba á estallar esta noche
no sé qué conspiracion.
Me nombraron de reten
y, ya ves, el pundonor...

Camila. Por aqui nada se ha dicho
de semejante complot.

D. Miguel. Como esta es calle escusada...
Mas ya el alarma cesó;
me han mandado retirar
y en alas de mi pasion
venia...

Camila. Todo es embuste.

D. Miguel. No, mi bien. La luz del sol
me falte si no es verdad.
Da treguas á tu rigor
por esta noche, y mañana
envia á la prevencion
á preguntar si el teniente
don Miguel Ruiz de Querol,
de la cuarta compañía,
ha estado ó no de faccion
esta noche; y si te engaño
llámame vil y traidor,
y no vea yo en tu risa
de la aurora el arrebol
ni en tus ojos el encanto
que adora mi corazon.

Camila. (No miente quien habla asi.
¡Qué dulzura! ¡Qué candor!)

D. Miguel ¿No me respondes, Camila?
Te juro...

Camila. Baja la voz...

(El capitan va á venir.)
Bien, bien... Satisfecha estoy;
pero mamá... No me puedo
detener...

D. Miguel. Ya mi afliccion
en júbilo se convierte.
Como el rocío á la flor,
á mi pecho tus palabras
bálsamo de vida son.

Camila. Las tuyas son como el canto
de amoroso ruiseñor,
como el arrullo del céfiro,
como el arpa de Sion.

D. Miguel. ¡Ah! Yo no estoy en la tierra.
Los ángeles del Señor
merecen solo gozar
esta dulce sensacion.
¡Dame la mano...!

Camila. Sí; toma.
¿Cómo negártela? (*Le da la mano derecha.*)

D. Miguel. ¡Ay Dios!
¡Tan celestial y la beso!
Es una profanacion.
Perdona.—Otra vez... perdona.

Camila. (¿Y no he de quererle yo?)
Suelta...

D. Miguel. ¿Volverás? ¡Sí; vuelve!
Ó moriré de dolor.

(*Aparece por el otro lado don Andrés.*)

Camila. Sí, Miguel. (No tengo aliento
para decirle que no.)

ESCENA VI.

DON MIGUEL. DON ANDRÉS.

(*Cada cual en su calle respectiva.*)

D. Andrés. Reja que á mi amor inmenso
cortas el vuelo atrevido,
confidente de mi gozo
y de mi pesar testigo,

otra vez, reja, en tus hierros
vengo á remachar los mios.

D. Miguel. Duérmete, madre importuna,
y deja libre al hechizo
da mi amante corazon.

ESCENA VII.

DON MIGUEL. CAMILA. DON ANDRÉS.

Camila. (*En la reja de don Andrés.*)
¿Eres tú, dueño querido?

D. Andrés. Sí, yo soy. Mucho has tardado.
Tal vez en sueño pacífico
yacías mientras el viento
se llevaba mis suspiros.

Camila. ¡Qué injusta queja! ¡Dormir
cuando en tu ausencia no vivo

D. Andrés. ¡Ah Camila!

Camila. Mi mamá
tiene un cólico agudísimo,
y como la estoy velando...
Ahora siente algun alivio,
pero ha estado, pobrecilla,
toda la noche en un grito.

D. Andrés. Si no fuese madre tuya
oyera con regocijo
esa noticia.

Camila. ¿Es posible
que tal digas? ¿Qué motivo...

D. Andrés. La detesto. ¿Por qué cierra
las puertas á mis gemidos?
¿Por qué guarda con candados
el tesoro que codicio?
¿Por qué, si es casto mi amor
y no soy tal vez indigno
de tu mano, me reduce
sin piedad á este suplicio
de Tántalo...; á verte solo
por entre rejas y vidrios,
á deshoras de la noche,
espuesto á que los vecinos

me tengan por un ladron...
Ese cólico es castigo
del cielo... Y es poco aun:
merecia un tabardillo.

D. Miguel. No vuelve. Yo me consumo.

Camila. ¿Qué se ha de hacer? Son caprichos...
Dejemos obrar al tiempo...

D. Andrés. Si me tuvieses cariño,
como yo maldecirías
su materno despotismo,
ó ya hubieras ablandado
aquel corazon de risco.

D. Miguel. ¡Cuánto tarda!

D. Andrés. Mas tu amor,
si es que algun amor te inspiro,
es débil, fugaz... y acaso
te burlas de mi martirio
mientras un rival dichoso...

Camila. ¡Eh! No digas desatinos.
¿Dejaría el blando lecho
y arrostraría el peligro
de que el argos de mi madre
me cogiese en el garlito
si no te amase de veras?

D. Andrés. Con todo, yo desconfio...
Si es cierto que tú me quieres,
¿cómo es que aun no he merecido
que mi esperanza confortes
ni aun con el favor mas mínimo?
¿Temes que imprima tus cartas?
¿Temes que venda tus rizos?

Camila. ¡Andrés!

D. Miguel. Si amor no tuviera,
diría que tengo frio.

D. Andrés. ¿No merezco yo, cruel,
que otorgues á mi conflicto
siquiera una mano?

D. Miguel. (*Mirando por la reja.*)
¡Nada!

Camila. (Tiene razon. ¡Pobrecillo!)
Me tienes muy ofendida
con esos celos inicuos.

D. Andrés. ¡Fueras tú menos hermosa
y yo viviera tranquilo!
Camila. (¡Qué bien dicho! ¡Eso es amar!)
D. Andrés. ¿No quieres? ¡Ah! Ya está visto.
Tu corazon es de piedra.
¡Infeliz! Soy el ludibrio
de tu vanidad. ¡A Dios!
Para siempre me despido...
Camila. Espera... No hables tan fuerte...
D. Andrés. Estoy por pegarme un tiro...
Camila. ¡No por Dios!
D. Andrés. ¿Me das la mano?
Camila. ¡Jesus...! Bien. Será preciso...
(No le daré la que el otro
besaba tan derretido,
que esto sería una infamia.)
(*Dándole la mano izquierda.*)
Tómala, celoso mio.
D. Andrés. ¡Ah! tú me vuelves la vida...
Toma: conserva este anillo...
(*Se quita un anillo, y se lo pone á Camila.*)
Camila. ¡Dueño amado...!
D. Andrés. Aqui, en el dedo
del corazon. ¡Ah! Qué hoyitos,
qué suavidad...
Camila. Basta, deja...
Voy á ver si se ha dormido
madre. (Don Miguel ahora
me va á parecer tan tibio...)
D. Andrés. ¿Te vas?
Camila. Al instante vuelvo.
D. Andrés. ¡Ah, qué mano! Es un prodigio.

ESCENA VIII.

DON MIGUEL. DON ANDRÉS.

D. Miguel. ¿No vienes, mi amor, mi encanto?
¡Ay cielos! No sufre tanto
con las bascas y los vómitos
mi señora tu mamá.
D. Andrés. ¡Qué donosa es mi Camila!

Mas su madre me horripila.
¡Mal hayan las suegras cócoras!

D. Miguel. Respira, amor. Aqui está.

ESCENA IX.

CAMILA. DON MIGUEL. DON ANDRÉS.

D. Miguel. Tu tardanza, vida mia,
de pesar me consumía.

Camila. Esa queja es muy ridícula.

D. Miguel. ¿Acaso me quejo yo?

Camila. Para que estés satisfecho,
¿abandonaré en su lecho
á mi madre enferma... ¡Bárbaro!

D. Miguel. No digo tal cosa; no.
Aunque tu ausencia me aflija,
considero que eres hija.
Tengo de tu madre lástima,
y no culpo tu virtud.
A Dios. Ya ves; me resigno...
me voy... El cielo benigno
ponga en tus manos el bálsamo
que repare su salud.

Camila. (¡Qué apacible, qué obediente!)
No, no te vayas; detente.
Desde que tomó las píldoras
está un poquito mejor.

D. Miguel ¡Qué dicha!

D. Andrés. ¡Maldita vieja!
Reniego de tu pelleja.
Si á tí te duele el estómago,
¿qué culpa tiene mi amor?

D. Miguel. Ya que prorogas la audiencia
mostraré, con tu licencia,
una prueba nada equívoca
de mi acrisolada fé.

Camila. Una prueba...

D. Miguel. Sí; y perdona,
puesto que el amor me abona,
si con mi mano sacrílega
tu hermosura profané.

Camila. ¡Tú! ¿Cómo...

D. Miguel. Al arte de Apeles
soy afecto, y mis pinceles,
Camila, tu rostro angélico
han osado retratar.

Camila. ¡Qué escucho! (¡Oh placer! ¡Oh gloria!)
¡Retratarme de memoria!

D. Andrés. ¡Vamos; adrede es el cólico
para hacerme á mí rabiar!

D. Miguel. ¿Qué mucho? En la mente mia
presente estás noche y dia.

Camila. ¡Ah! Dame el retrato, dámelo.
(Tú vences, caro Miguel.)

D. Miguel. Toma. A tu hermoso semblante
(*La da un retrato.*)
dicen que es muy semejante.
Mas no, que tan alto mérito
no es dado á humano pincel.

Camila. Perfecta será la obra
siendo tuya. ¿Y no te sobra
derecho á mi amor sin límites
con emprenderla no mas?
Lo veré contenta, ufana...
Te lo volveré mañana.

D. Andrés. ¡Que no fuera yo su médico!
¡Mejor toma de aguarrás...

D. Mi gratitud es inmensa,
y mereces recompensa...
¡Ah! Toma. Corta es la dádiva...
(*Le da la sortija de don Andrés.*)
(Perdone usted, don Andrés.)

D. Miguel. ¡Un anillo de tu dedo!
¡Oh delicia...!

Camila. Habla mas quedo.
(Hoy despido al otro prójimo.)
Vuelvo... Espera... Hasta despues.

ESCENA X.

DON MIGUEL. DON ANDRÉS.

D. Miguel. No puede haber en el mundo

mas venturoso mortal.

D. Andrés. Haría aqui un desafuero
si me dejase llevar
de mi genio.

D. Miguel. ¡Con qué gozo,
con qué voluptuoso afan
te beso, prenda de amor!
Y tiene pelo... ¿Esto mas?
(*Tocando la sortija.*)
¡Besa, Miguel, besa ufano
el pelo de tu deidad!

D. Andrés. La sortija que la dí
con pelo mio quizás
está examinando ahora
por vana curiosidad.

D. Miguel. ¡Otro beso y otros mil!

D. Andrés. ¡Albricias, que viene ya!

ESCENA XI.

DON MIGUEL. CAMILA. DON ANDRÉS.

Camila. (Soy yo misma. Es un asombro.
No vi semejanza igual.)

D. Andrés. ¡Gracias al cielo! Creí
que no volvias jamas.

Camila. ¡Válgame Dios... ¿No te he dicho
que estoy velando á mamá?

D. Andrés. ¿Se ha dormido?

Camila. No.

D. Andrés. Pues ¡opio!

Camila. Y gracias me debes dar
porque á despedirme vengo.

D. Andrés. ¿Ya me dejas? ¿Ya te vas?

Camila. Es forzoso...

D. Andrés. ¿Eso me dices
despues de tanto esperar?
¡Y con qué tibieza! ¡Ah! nunca
me amaste.

Camila. ¡Qué terquedad!
Quizá mas de lo que debo
te he querido.

D. Andrés. ¿Luego ya
no me quieres?
Camila. No hay quien sufra
ese genio suspicaz,
adusto...
D. Andrés. ¿Ya no me quieres?
¡Muger pérfida y fatal!
Camila. Si no domas tu carácter...
D. Andrés. ¿Y acaso en mi mano está?
Si quieres que te obedezca,
dame un corazon glacial
como el tuyo. El que respira
en mi seno es un volcan;
volcan que inflaman los rayos
de tu hermosura falaz.
Camila. (¡Mi pobre Andrés! Desahuciarle
sería mucha crueldad.)
D. Andrés. Por tí, mi ingrata señora,
me arrojaría á la mar,
y bajaría al infierno
entre llamas de alquitran.
Sin tí aborrezco la vida;
sin tí no hay felicidad
para mí...
Camila. Sí; ya lo sé,
lo sé. (Si esto no es amar,
que venga Dios y lo diga.)
D. Andrés. Sé cariñosa y leal,
y harás de mí cuanto quieras..
D. Miguel. El cólico es contumaz.
D. Andrés. ¿Quieres que deje por tí
la carrera militar?
¿Quieres que por darte gusto
riña con el Preste Juan?
¿Quieres que dé algun escándalo
que aturda á la vecindad?
¿Quieres que ponga carteles
retando á todo galan
que no te llame la reina,
la diosa de la ciudad?
Camila. ¡Dichosa la que es amada
de tal suerte!

D. Andrés. Ya verás,
á poco que tú me quieras,
de lo que yo soy capaz.
Mas que yo no tenga celos
siendo tanta tu beldad;
que no codicien mis manos
la furia del huracan
para romper esa reja
que me hace desesperar...

Camila. (¡Qué entusiasmo!)

D. Andrés. No lo esperes,
Camila; y si algun rival
me disputara tu mano...,
no lo dudes, como un can
me arrojara á él...

Camila. (¡Oh gloria!)

D. Andrés. Y entre mis uñas...

Camila. ¡No mas!
Asi quiero yo á los hombres.
Aunque se oponga mamá
tuya seré... No me gustan
amores de mazapan.

D. Andrés. ¡Bien haya, amén, tu boquita,
y rebien haya tu sal!

Camila. (Perdió el pleito don Miguel.)
En prenda de mi verdad...,
toma, Andrés.

(*Saca del bolso el retrato y se lo da.*)

D. Andrés. ¿Qué...

Camila. Mi retrato.
Para tí le hice pintar.

D. Andrés. (*Tomando el retrato y besando la mano de Camila.*)
¡Cielos! Yo me vuelvo loco
de placer.

D. Miguel. ¿Qué hora será?

D. Andrés. ¿Qué será cuando posea
el divino original?

Camila. En breve recibiremos
la bendicion del altar.
Vete ahora, que es muy tarde;
y mañana sé puntual.

D. Andrés. Pero... otro ratito...
Camila. ¡Loco!
¿Ya olvidas la enfermedad
de la mamá, y que en mi casa
se acostumbra á madrugar?
D. Andrés. Tienes razon...
Camila. Ea, á Dios,
y no me olvides.
(*Camila se retira cerrando la reja.*)
D. Andrés. ¡Jamas!

ESCENA XII.

DON ANDRÉS. DON MIGUEL.

D. Andrés. ¡En mis manos su retrato!
¡Oh ventura sin igual!
No distingo las facciones.
Es tanta la obscuridad...
No importa: es ella, y á besos
(*Besa con entusiasmo la miniatura.*)
la voy aqui á devorar.
D. Miguel. Siento pasos... Sí; ya viene...

ESCENA XIII.

DON MIGUEL. CAMILA. DON ANDRÉS.

Camila. A Dios, á Dios... Vete ya...
D. Miguel. ¡Cómo...
Camila. No puedo. Mi madre...
D. Miguel. Escucha...
Camila. ¡Imposible! (*Cerrando.*)
D. Miguel. ¡Ay!

ESCENA XIV.

DON MIGUEL. DON ANDRÉS.

D. Andrés. ¡Que ahora no luciera el sol!
Vería esta faz divina...
Pero sobre aquella esquina

medio agoniza un farol...
Allá voy. Mi alma impaciente...
(*Se dirige hácia los bastidores de la derecha.*)

D. Miguel. ¡Eh! sin duda algun insulto
le ha dado á su madre... ¡Un bulto!

D. Andrés. ¡Un hombre!

D. Miguel. ¿Quién va?

D. Andrés. ¿Qué gente?
Hágase á un lado el galan.

D. Miguel. Es la voz de don Andrés.

D. Andrés. Si no me engaño... Sí; él es.
¡Miguelito!

D. Miguel. ¡Capitan!

D. Andrés. A estas horas no esperaba
hallarte en la calle. ¿Tienes
por aqui el trapillo?

D. Miguel. ¿Vienes
tal vez de pelar la pava?

D. Andrés. Sí, Miguel. ¡Qué criatura!
Dos ojos como dos soles;
un cuerpo de tres bemoles;
y una mano, una cintura...

D. Miguel. La mia no tiene tacha.
Y tan tierna, tan sencilla...
No se pasea en Sevilla
mas hechicera muchacha.

D. Andrés. ¿Fiel? ¿decidida?

D. Miguel. En estremo.
¿Y la tuya?

D. Andrés. Es un diamante.
Soy el mas dichoso amante...

D. Miguel. ¿No hay rival?

D. Andrés. No; ni lo temo.

D. Miguel. Ni yo; aunque la envidia ladre.
¿Entras tú en la casa?

D. Andrés. No.
¿Entras tú?

D. Miguel. Tampoco yo.
Es algo rara la madre.

D. Andrés. Tambien es un javalí
la madre del bien que adoro;
¿mas qué importa si el tesoro

será al cabo para mí?

D. Miguel. La mia esta noche... ¡Ay Dios!
Yo enloquezco de alegría...
me dió una mano...

D. Andrés. La mia
me ha dado á besar las dos.

D. Miguel. Aunque de verme se alegra
se ha retirado mi bien.
Su madre enfermó.

D. Andrés. Tambien
(*Empieza á rayar el alba.*)
se ha puesto mala mi suegra.

D. Miguel. Cortado ha sido el coloquio.
Como velaba á la vieja...

D. Andrés. ¿Y mientras tanto en la reja
hacias tú un soliloquio?
¡Cosa singular! A mí
me ha sucedido otro tanto.
Temo... Di: ¿tu dulce encanto
vive muy lejos de aqui?

D. Miguel. No tal. Aquella es su casa.

D. Andrés. ¡Ah! Ya mi esperanza es muerta.
A otra calle tiene puerta.

D. Miguel. ¡Qué oigo!

D. Andrés. La ira me abrasa.
A un tiempo... ¡intriga infernal!
á los dos citaba: sí;
por la puerta falsa á mí
y á tí por la principal.

D. Miguel. No es posible. Su ternura...

D. Andrés. Dime el nombre de tu dama:
¡dilo!

D. Miguel. Camila se llama.

D. Andrés. ¡Camila! ¡Ella es! ¡Perjura!
¡A mí farsas de teatro!
¡Tratarme á mí de ese modo!
Mas no importa: falsa y todo
yo la adoro, la idolatro.
Ó saca la espada y hiere,
ó renuncia á su conquista.

(*Desenvaina la espada y don Miguel hace lo mismo.*)

D. Miguel. No esperes que yo desista

cuando sé que me prefiere.

D. Andrés. Si es tan infausta mi estrella,
al menos vengarme espero
matándote á tí primero
y despues á ella, ¡á ella!

D. Miguel. No se retarde la lucha.

D. Andrés. Feliz sea el vencedor.

D. Miguel. Me hará invencible el amor.
¡Ea, en guardia!

D. Andrés. ¡En guardia!

(*Combaten por algunos momentos en silencio; suspende la lid don Andrés y dice:*)

Escucha.

Aunque veo que vacila,
por razones que no sé,
yo no dudo de la fé
con que me quiere Camila.
Mas mi suerte es tan menguada
que cuando tocaba al cielo
es muy facil que en el suelo
me claves de una estocada.
No es esto escusar la lid,
que celoso y vengativo
con mucho menos motivo
me batiera con el Cid.
Pero si á la tumba fria
me conduce esta pendencia,
quiero que sea tu herencia
el retrato de esa impía.
Cuando dé el postrer aliento
sácalo de este bolsillo;
no caiga en manos de un pillo
tan soberano portento.

D. Miguel. Si tu espada me aniquila,
tambien yo á tí... ¡Mas ay triste!
¿Cuándo, di, cómo adquiriste
el retrato de Camila?

D. Andrés. Esta noche misma, alli,
entre amorosas caricias
me lo ha dado, y yo en albricias...

D. Miguel. ¡Cielo! ¿Me lo enseñas?

D. Andrés. Sí.

Míralo.

D. Miguel. ¡Infamia notoria!
Yo se lo he dado á esa arpía...
esta noche... Es obra mia.
¡La retraté de memoria!

D. Andrés. Si de Lucifer no es hija
digo que...

D. Miguel. Y la muy gitana,
tierna, agradecida, ufana
me regaló esta sortija.

D. Andrés. ¿A ver...? ¡De cólera brinco!
¡Es mia! ¡Tiene mi pelo!

D. Miguel. ¿Tu pelo? ¡Y yo, justo cielo,
la besé con tanto ahinco!!!!

D. Andrés. No se hiciera entre grumetes
lo que ha hecho esa muger.
¿Nuestro amor qué viene á ser?

D. Miguel. Un juego de cubiletes. (*Es ya de dia claro.*)

D. Andrés. Y aunque siento mi desdoro...

D. Miguel. Y aunque veo su falsía,
yo la quiero todavía.

D. Andrés. ¡Yo todavía la adoro!

D. Miguel. ¡Tal es mi tirana estrella!

D. Andrés. ¡Tanta es, Miguel, mi locura!

D. Miguel. Mas ¿merece esa perjura
que nos matemos por ella?

D. Andrés. No. Envainemos las espadas. (*Lo hacen.*)

D. Miguel. ¿Y qué haremos? Yo pregunto...

D. Andrés. Arreglemos el asunto
como buenos camaradas.—
Yo con fuerzas no me siento
para cedértela á tí.

D. Miguel. Yo la quiero para mí.

D. Andrés. Yo tambien.

D. Miguel. ¡Ahi está el cuento!

D. Andrés. Pues riñamos. ¡Voto á brios...
Pero me ocurre una idea.
No es posible que ella vea
del mismo modo á los dos.

D. Miguel. Preciso es que allá en secreto
á uno de los dos prefiera.

D. Andrés. Pues que ella elija al que quiera.

Yo á su fallo me someto.
D. Miguel. Y yo renuncio á su amor
si ella tu ventura labra.
D. Andrés. Y yo.
D. Miguel. Corriente.
D. Andrés. Palabra (*Se dan las manos.*)
de honor.
D. Miguel. Palabra de honor.
D. Andrés. ¿Oyes? La puerta ha sonado.
D. Miguel. Si fuese Camila bella...
D. Andrés. Dicé que madruga...
D. Miguel. ¡Es ella!
D. Andrés. Apartémonos á un lado.

ESCENA XV.

DON ANDRÉS. DON MIGUEL. CAMILA. MARTA.

(*Abrese la puerta y salen Camila y Marta. Don Andrés y don Miguel las acechan apartados.*)

Camila. Cierra, y vámonos á misa.
Marta. ¿Qué tal ha salido usted
del apuro?
Camila. Lindamente.
Marta. ¿Mas cómo...
Camila Ya te diré.
Vamos á la iglesia.
D. Miguel. Aguarda. (*Acercándose.*)
No hay tanta prisa.
Camila. ¡Miguel!
No esperaba esta sorpresa
agradable...
D. Miguel. Es que tal vez
serán dos...
D. Andrés. (*Llegando por el otro lado.*)
¿Tan de mañana...
señorita?
Camila. ¡Don Andrés!
Marta. (Tiró de la manta el diablo
y se descubrió el pastel.)
Camila. (¡Soy perdida!)

D. Andrés. No es decente
que dama de tanto prez
camine sin escuderos.
Camila. (Sofocada estoy. ¿Qué haré?)
D. Miguel. Deseamos uno y otro
tanta honra merecer.
Camila. Vivan ustedes mil años.
Me harian mucha merced,
mucha...; pero no conviene
á mi humildad ese tren.
Llevar estado mayor
no es propio de una muger,
y podrán decir que ustedes
me llevan presa al cuartel.
D. Miguel. No dirán eso si humildes
rendir las armas nos ven.
D. Andrés. Dirán que vamos cautivos
en ese divino Argel.
Camila. Yo no necesito escolta
ni admitirla me está bien.
D. Miguel. Pero...
D. Andrés. No obstante...
Camila. (*Al oido rápidamente á don Miguel.*)
Soy tuya.
Ya sabrás... Te escribiré.
(*Alto.*)
No me precisen ustedes
á que sea descortés.
(*A don Andrés vivamente en voz baja.*)
Aunque ves que me condenan
las apariencias, soy fiel. —
Vamos, Marta...
D. Miguel. No. Primero...
D. Andrés. Acabemos de una vez.
Encantadora sirena,
segunda Circe cruel,
víctimas somos los dos
de tu alevosa doblez;
pero al fin el cielo quiso
que presa en tu propia red...
Camila. Disimule usted. Ahora
no me puedo detener.

D. Miguel. No te irás sin que salgamos
de este confuso Babel.
Camila. Soy libre, y de mis afectos
ninguno puede ser juez.
D. Andrés. Yo puedo serlo, perjura:
bien lo sabes.
D. Miguel Yo tambien,
¡pérfida!
D. Andrés. ¡Coqueta!
D. Miguel. Casa
con dos puertas siempre fué
mala de guardar.
D. Andrés. ¿Qué has hecho
de mi sortija?
Camila. Yo...
D. Miguel. (*A don Andrés dándole la sortija.*)
Ten.
A mí me la dió.
Camila. Sin duda...
por darle una mia...
D. Andrés. ¡Infiel!
D. Miguel. ¿Qué hiciste de aquel retrato?
Camila. Yo te esplicaré despues...
D. Andrés. (*Saca el retrato y se lo da á don Miguel.*)
Aqui está. Pero debió
retratarla tu pincel
con dos caras.
Marta. (¡Vaya un lance!)
Camila. Ya sé que facil no es
justificarme. Con todo
protesto que no pensé...
Soy una niña inesperta
y mi corazon novel
no es mucho que vacilase...
Como una no sabe en quién
pone su cariño y... vamos;
¿cómo pude yo preveer...
D. Andrés. Dajémonos de disculpas
y profesiones de fé.
Vida nueva y olvidemos
lo pasado.
Camila. ¿Qué quereis?

D. Miguel. Si de los dos te burlabas,
acábese el entremés.
Camila. No cabe en mi corazon
tan indigno proceder.
D. Andrés. Pues ni yo sufro rivales
ni los sufre don Miguel.
Uno ha de triunfar. Elige.
D. Miguel. (Yo el preferido seré.)
D. Andrés. (Mia será la victoria.)
Tu voluntad sea ley.
Camila. ¡Dios mio! Eso es conspirar
contra una pobre muger.
D. Miguel. No hay remedio.
D. Andrés. No hay arbitrio.
Camila. Bien está. Yo pensaré...
D. Andrés. No admitimos dilaciones.
¡Ahora mismo!
D. Miguel. ¡Ahora ha de ser!
Camila. Pues bien; ya que en tan amargo
compromiso me poneis,
el desairado perdone
si no le prefiero á él.—
Reinar en tu alma de fuego,
Andrés mio, es mi placer.—
Miguel, tu dulce carácter,
tu modesta timidez
me hechizan. Seré una ingrata
si no corono tu sien...
D. Miguel. ¡Ah! (*Con gozo.*)
D. Andrés. ¡Oh! (*Con pena.*)
Camila. ¿Mas cómo privarte
del merecido laurel,
Andrés amado?
D. Andrés. ¡Ah! (*Con gozo.*)
D. Miguel. ¡Oh! (*Con pena.*)
Camila. Tuyo sea el parabien...
No: tuyo, Miguel querido...
Mas no; que igual interes...
¿Cómo he de elegir á este
si he de privarme de aquel?
¿Cómo resolverme... En fin,
yo sé amar; no sé escoger.

Yo os quiero á los dos: entrambos
teneis en mi alma un dosel;
y antes que ofender al uno
sin los dos me quedaré.

D. Miguel. Pues tener tú dos maridos,
ni lo consiente la ley,
ni nosotros...

Marta. Vaya; eso
sería el mundo al reves.

D. Andrés. Para un amor como el mio
no basta media muger.

D. Miguel. Errar ó quitar el banco.
Aunque parezco de miel
yo no sufro ancas de nadie.

Camila. Pues mirad cómo ha de ser,
hijos, porque yo... me abstengo
de votar.

D. Andrés. ¡Estamos bien!
¿Cómo salir del pantano?

Marta. Solo hay un medio.

D. Miguel. ¿Cuál?

D. Andrés. ¿Eh?

Marta. Que lo decida la suerte
y conformarse los tres.

D. Andrés. (*A Camila.*)
¿Qué dices tú?

Camila. Por mi parte
me conformo. ¿Qué he de hacer?

D. Andrés. (*A don Miguel.*)
¿Y tú?

D. Miguel. Forzoso será,
ya que ella no escoge...

D. Andrés. Pues...
á cara ó cruz. Saco un duro...
Aqui ninguno nos ve...

Camila. (*Aparte á Marta.*)
¡Oh...! Si quisiera mi dicha
que ganase don Miguel...

D. Andrés. Ya tiro. ¿Qué pides?

(*Don Andrés tira el duro al aire.*)

D. Miguel. Cruz.
Yo tiemblo.

D. Andrés. (*Alza el duro y todos acuden á ver de qué lado ha caido.*)
¡ *Hispaniarum Rex !*
¡Desventurado de mí!
¡Tú ganaste!

Camila. (*A Marta.*) ¡Pobre Andrés!
Mas contenta quedaria
si hubiese ganado él.

D. Miguel. Tú te afliges... (*A don Andrés.*)
(*A Camila.*) Callas tú...
Eso me hace conocer
que sin ser yo venturoso
desgraciados os haré.—
Yo te la cedo.

D. Andrés. ¡Oh fineza
inaudita!

D. Miguel. ¡A Dios... (*Yéndose.*)

D. Andrés. Deten
el paso.

Camila. (*A Marta.*) ¿Qué va á decirle?

Marta. Oigamos...

D. Andrés. Tú no has de ser
mas animoso que yo.
Por otra parte...; ya ves,
la leccion ha sido fuerte.
Esa moza es de la piel
del diablo, y dice el refran:
quien hace un cesto hará cien.

D. Miguel. Tienes razon.

Camila. ¡Oh! Yo juro...

D. Andrés. Quédese para quien es,
y olvidémosla los dos.
Esto debimos hacer
dos horas há.

Marta. (Con efecto.)

D. Miguel. Sí, sí; que es un cascabel...

Camila. ¡Miguelito...

D. Miguel. Una embustera.

D. Andrés. Una archicoqueta.

Camila. ¡Andrés...

D. Andrés. ¡A Dios, esfinge! (*Irritado.*)

Camila. ¡Escuchadme...

D. Miguel. Señora, á los pies de usted... (*Apacible.*)
Yo la perdono. (*A don Andrés.*)

D. Andrés. Yo no.
El amor se ha vuelto hiel.

Camila. ¿Es delito el ser sensible?
¡Ah mugeres! Aprended.

D. Miguel. A Dios; y él te dé, Camila,
el juicio que has menester.

D. Andrés. Por los siglos de los siglos
maldita seas, amén.

ESCENA ÚLTIMA.

CAMILA. MARTA.

Marta. Se van... ¡Buena la hemos hecho!
¿Ve usted lo que yo decía?
¡Anoche tanta alegría
y hoy tan amargo despecho!
¡De ser fingida y veleta
vea usted lo que se saca!
Aguante usted la matraca,
y empiece á tener chaveta.—
Pero compasiva soy.
No mas reprensiones, que harta
pesadumbre...

Camila. (*Riéndose.*) ¡Pobre Marta!
¿Piensas que afligida estoy?

Marta. Con justa causa lo infiero.
Desairada por los dos...

Camila. ¡Eh, vaya en gracia de Dios!—
Me consolará el tercero.

Marta. ¡Cómo... ¿El tercero?

Camila. Sí tal.
Yo nunca estoy desprovista.
Ayer hice su conquista.—
Me espera en la catedral.
Vamos corriendo...

Marta. ¡Es posible...

Camila. Se llama don Lucio Ramos.
¡Arrogante mozo!

Marta. Vamos...;

es usted incorregible.

Camila. Los hombres son mala yerba;
el mas fiel no está seguro.
Por eso siempre procuro
tener tropa de reserva.

Marta. Pero...

Camila. De poco te espantas.

Marta. Dirán las gentes discretas...

Camila. Que hay millares de coquetas,
y yo soy... UNA DE TANTAS.

FIN DE LA COMEDIA.